

Pasión por el anarcosindicalismo

Jesús Cirac Febas y José Luis Ledesma Vera:

Manuel Buenacasa Tomeo.

Militancia, cultura y acción libertarias

(Centro de Estudios Comarcales del Bajo Aragón-Instituto Fernando el Católico, Zaragoza 2006). 323 páginas.

Recomponer una parte histórica en su más amplio contexto es una tarea trabajosa, pero que con las fuentes bien ordenadas puede resultar más sencilla. Pero recomponer la vida de una persona, su ámbito biográfico, es algo más complicado. Más si en esa recomposición hay dificultades para casar la vida de una persona.

Esta biografía de Manuel Buenacasa pasa con nota la recomposición. Nos encontramos ante un libro de elaboración pormenorizada, de investigación concienzuda, a base de documentos, hemerografía y entrevistas con personas que conocieron la figura de Manuel Buenacasa. Y esto gracias a la labor de investigación de Jesús Cirac Febas, periodista del pueblo del propio Buenacasa, Caspe, preocupado por rescatar la memoria de los que perdieron la guerra, y del historiador José Luis Ledesma, conocido por su obra “Los días de llamas de la revolución. Violencia y política en la retaguardia republicana en Zaragoza durante la Guerra Civil”, donde analiza los fenómenos de represión en la retaguardia aragonesa y desvela bastantes mitos. Ambas partes, la del periodista y la del historiador, se complementan perfectamente en la obra. Cirac nos aproxima a su labor de investigación en la primera parte de la obra, donde relata de seguido tanto la vida de Buenacasa como algunos acontecimientos de su propia investigación. Con un estilo llano y fácil de comprender, propio del periodismo, nos acerca a una figura poco conocida, no sólo por el movimiento obrero en general sino por el propio movimiento libertario. Las entrevistas con personajes que le conocieron, con la hija del propio Buenacasa, y su labor de investigación nos aproxima a dos cosas. Por una parte lo apasionado que fue para el autor el descubrimiento de un paisano suyo y el interés que pone en su figura. Por otra la importancia que en muchos períodos de la dilatada historia del movimiento libertario tuvo Manuel Buenacasa. En la segunda parte de la obra encaja la labor de

complementación de José Luis Ledesma. Tras una selección de artículos y textos del propio Buenacasa y algunos que hablan sobre él, Ledesma hace una introducción a cada uno de ellos, poniendo al lector en contacto con el momento histórico en el que se escribe tal artículo o texto.

Destaquemos alguna de las cuestiones que nos revela esta aproximación biográfica a la vida y obra de Buenacasa. En primer lugar nos ofrece una definición fisiológica de la figura que estudian extraída de su ficha carcelaria: “Metro setenta y un centímetros de estatura. Pelo rubio castaño. Cejas de igual color. Ojos pardos, nariz intermedia. Cara oval. Boca regular. Barba rubia. Cráneo corto. Cicatriz deforme que abarca todo el dedo pequeño de la mano izquierda incluyendo la uña. Un poquito sordo”.

La figura de Buenacasa fue intermedia entre dos generaciones de anarquistas. Se sitúa entre la primera generación de internacionalistas y anarquistas como Anselmo Lorenzo, Teresa Claramunt, Soledad Gustavo, Federico Urales o Francisco Ferrer Guardia y una generación en la que aparecen Buenaventura Durruti, Francisco Ascaso, Cipriano Mera, Juan García Oliver o Federica Montseny. La importancia de esta generación de Buenacasa, que es la de Seguí, la de Peiró, la de Negre y otros radica en que es la que funda la Confederación Nacional del Trabajo. Si los primeros preparan el camino y los terceros participan de la situación prerrevolucionaria, la generación de Buenacasa en la culminación y desarrollo de ambas generaciones.

Pero lo mismo que la posición de Buenacasa fue intermedia en la historia del movimiento libertario, intermedia fue casi siempre su actividad en la CNT y la FAI. Siempre quiso mediar entre partes en conflicto, lo que dio lugar a importantes textos como el nacido en 1933 “La CNT, los treinta y la FAI (La crisis del sindicalismo en Cataluña. Sus causas, sus efectos, sus remedios)”. No olvidó Buenacasa la historia del propio movimiento obrero e intentó continuar la importante obra de Anselmo Lorenzo “El proletariado militante” con su “Movimiento obrero español. 1886-1926. Historia y crítica” que si bien fue criticado por Soledad Gustavo desde las páginas de *La Revista Blanca*, significa un intento de aproximación a la historia del movimiento obrero en esos tiempos. De importancia también es su obra “Figuras ejemplares que conocí”, donde establece una lista de personajes que tuvieron algún tipo de relación con Buenacasa, como Dicenta, Barriobero,

Seguí u Orobón Fernández. Gracias a esta pequeña obra conocemos que fue Manuel Buenacasa el intermediario para pedir a Santiago Ramón y Cajal que aceptará la presidencia de la República en uno de los numerosos intentos de derrocar a la dictadura de Primo de Rivera.

También Buenacasa se revela como un perfecto conocedor de la organización CNT y de sus necesidades según el momento histórico. Crítico con los pactos con la UGT, a la que consideraba reformista, durante la década de 1910 y 1920 (donde la UGT llegó a pactar con la dictadura de Primo de Rivera a través de Largo Caballero), fue defensor a ultranza de la alianza con la central sindical socialista desde el congreso de Zaragoza de 1936, donde sale tal dictamen, y sobre todo en los intentos de ganar la Guerra Civil y la Revolución, así como en derrocar la dictadura de Franco.

La figura de Buenacasa adquiere también gran importancia por ser quien encabeza la llamada “Escuela de Militantes”, que aprobó la CNT siendo secretario general de la misma Mariano Rodríguez Vázquez “Marianet”. De esta iniciativa, que aceptó Buenacasa, salió un pequeño “Manual del Militante” en 1937.

El exilio fue el trágico final de Manuel Buenacasa. El sentimiento de desarraigo, la añoranza por su tierra y el deseo de volver a la misma para poner en práctica los ideales libertarios en los que se había formado, se juntaba con el dolor por ver desde 1945 a la CNT dividida, en la que también medió para poder volver a unirla.

Todos estos aspectos y muchos más, como su visión de la Revolución rusa, nos los muestra tanto Jesús Cirac como José Luis Ledesma en las páginas que presentamos.

El libro tiene un estilo fácil y sencillo, con una buena recopilación de artículos y unos buenos comentarios aproximativos. Se remarca muy bien la obra constructiva y el pensamiento de Buenacasa. Quizá lo que sigue manteniendo son algunos tópicos como el llamado problema entre “treintistas” y “faístas” durante la República, cuando esa esquematización no es tal, siendo Manuel Buenacasa un ejemplo de ello al ser militante y fundador tanto de la CNT como de la FAI. Igualmente la imagen de un exilio dividido entre “ortodoxos” y “colaboracionistas” que dicho de forma tan esquemática deja muchas dudas sobre los problemas reales del movimiento libertario en el exilio. Pero son cuestiones secundarias.

Con esta nueva biografía se rescata del pabellón de los olvidados a una figura trascendental para la historia del movimiento obrero como fue el caspolino Manuel Buenacasa Tomeo.

Julián Vadillo

Nuevas miradas sobre viejas colectividades

Manuel Vicent Balaguer:

Conflicto y revolución en las comarcas de Castelló, 1931-1938

(Universitat Jaume I, Castellón de la Plana 2006). 327 páginas.

A pesar de que la bibliografía sobre la Guerra Civil española no ha dejado de enriquecerse, la historia de la Revolución Social, que se desarrolló simultáneamente en los territorios que quedaban fuera del control de las tropas rebeldes, no ha conocido una producción historiográfica semejante. Después de los estudios de algunos autores de inequívoca simpatía libertaria y de un puñado de historiadores del ámbito académico, con tantos prejuicios o más que los primeros, muy poco se ha escrito últimamente sobre un fenómeno que, en muy buena medida, aún permanece inédito.

Sin embargo, en los últimos años se han publicado algunas obras que con mérito y acierto se enfrentan a las colectividades del período 1936-1939. A libros como el de Alejandro Díez sobre Aragón y de Marciano Cárdbaba sobre Gerona, se suma ahora el de Manuel Vicent Balaguer sobre las comarcas castellonenses; poco a poco, se van colocando las piezas del mosaico histórico de la Revolución Social.

El trabajo de Manuel Vicent, anticipo de su tesis doctoral, ofrece algunos aspectos novedosos e interesantes que hacen muy recomendable su lectura. El primero es el estudio de una provincia que, hasta ahora, no había estado bajo el atento foco de los investigadores, más interesados en Aragón y Cataluña y, dentro de las regiones levantinas, en Valencia. Se nos descubre en Castellón una conflictividad laboral y una complejidad social más rica de lo que tradicionalmente se había creído; la vida provinciana estaba muy lejos de ser una Arcadia feliz.

Además, esta generalización del proceso colectivizador a áreas de retaguardia y sin una hegemonía anarcosindicalista previa, rompe con las interpretaciones más simplistas, que explican la Revolución Social con argumentos de forzada violencia o con el pretexto de ensueños milenaristas. Frente a estas interpretaciones insuficientes, Manuel Vicent rastrea los antecedentes sociales para intentar comprender las raíces de la Revolución Social en Castellón. Con frecuencia, los historiadores la estudian con una mirada tan parcial como atenta, y olvidan que las colectividades sólo son un episodio más, por fundamental que nos parezca, de la lucha por la tierra en el campo español. Este análisis de los cimientos del proceso colectivizador, que ocupa un tercio de esta obra frente a las diez páginas que le dedicó Julián Casanova en su libro sobre el caso aragonés, es imprescindible para entender cabalmente lo que sucedió en más de la mitad del territorio español a partir del 18 de julio de 1936.

Gracias a esta amplia perspectiva, el libro de Manuel Vicent destruye tópicos. Descubrimos así que las fronteras entre la CNT y la UGT eran más difusas de lo que tradicionalmente se ha creído, como lo demuestra la Federación de Sociedades Obreras de Castellón en la que convivían sindicatos adheridos a una y otra central, lo que contradice la supuesta intransigencia cenetista bajo el dominio ideológico de la FAI y ayuda a entender el nacimiento de varias colectividades con participación de la UGT. Del mismo modo, Manuel Vicent nos demuestra, con el estudio pormenorizado de algunas colectividades, que las ideas colectivizadoras atrajeron a jornaleros pero también a campesinos dueños de pequeñas fincas, desmintiendo la separación, tan simplista como maniquea, entre jornaleros y propietarios, pues en muchas ocasiones las parcelas eran de un tamaño tan reducido que obligaban al agricultor a emplearse como jornalero ocasional. A cambio, también confirma que muchos afiliados a la CNT no se incorporaron a las colectividades, sin ser obligados nunca a integrarse y sin ser expulsados del sindicato confederal; es difícil seguir sosteniendo que la colectivización se impuso bajo amenazas a los campesinos cuando ni siquiera se violentó a los propios afiliados.

Otra de las aportaciones más novedosas del trabajo de Manuel Vicent es la elaboración de un censo real del proceso colectivizador agrícola en las comarcas castellonenses, más nutrido de lo que hasta ahora se había creído,

gracias al manejo exhaustivo de fuentes locales. Se pone en evidencia que muchas colectividades no se legalizaron ante las instituciones del Estado republicano, por coherencia con su carácter revolucionario y libertario, o sólo lo hicieron a partir del verano de 1937, cuando la reacción comunista intentó quebrar la Revolución Social, clausurando colectividades por la fuerza de unas armas que sólo debían haber servido para luchar contra los militares golpistas.

Además, el libro ofrece nuevas pruebas de la complejidad y diversidad del proceso colectivizador, que no se ciñó a la agricultura de subsistencia, como se repite tantas veces. También se extendió a las actividades pesqueras, con la incautación de los barcos de pesca de los puertos castellonenses, a la industria, con casi cuarenta fábricas y talleres colectivizados sólo en las comarcas de la Plana Alta y la Plana Baja, y a los servicios, como la hostelería o el transporte público en la capital de la provincia. Una mención muy especial merece su análisis del Consejo Levantino Unificado de Exportación Agrícola (CLUEA), que intentó actuar en el mercado internacional capitalista sin dejar de ser fiel a los principios revolucionarios, aportando divisas para sostener el esfuerzo de guerra.

Sin embargo, se echa en falta un análisis más profundo para dilucidar la posible naturaleza espontánea de las colectividades, que sería la respuesta propia y tradicional del campesino español para conseguir un reparto justo y equitativo de la tierra y de sus riquezas, o el carácter inducido de este proceso colectivizador, que respondería a consignas partidistas de los militantes anarquistas o a la voluntad de unas minorías audaces; por decirlo en pocas palabras: ¿adoptaron los trabajadores los acuerdos de la CNT o los anarcosindicalistas conectaron con los anhelos profundos de los trabajadores españoles?

Por último, Manuel Vicent Balaguer pone de manifiesto la extraordinaria vitalidad del proceso colectivizador sin ocultar sus conflictos y dificultades; lejos de la autocomplacencia o de la subjetividad, el libro nos descubre las luces y las sombras del empeño revolucionario. Además de los problemas propios de la situación bélica, como las dificultades del CLUEA al negociar con empresarios extranjeros que simpatizaban con los rebeldes, o de la cambiante correlación de fuerzas, cuyo mejor ejemplo lo ofrecen las trabas puestas a las colectividades por las autoridades republicanas sobre todo

después de mayo de 1937, en la obra se analizan las contradicciones de los sindicatos cenetistas.

Para estudiar las paradojas entre la teoría anarquista, cristalizada en los acuerdos del Congreso de mayo de 1936 de la CNT, y la práctica revolucionaria de las colectividades, el autor escoge con acierto un aspecto muy interesante: el salario, un asunto que ya rompió al movimiento libertario entre anarco-comunistas y anarco-colectivistas a finales del siglo XIX. Manuel Vicent nos descubre la difícil aplicación de la teoría a la práctica, los aciertos y errores en las distintas localidades, el fracaso generalizado del llamado salario familiar y, en general, la capacidad de adaptación de los militantes anarcosindicalistas a una dura realidad que nunca rehuyó las dificultades pero que siempre mantuvo viva la esperanza de un futuro mejor para todos.

Juan Pablo Calero Delso

El discurso historiográfico partidista y la reivindicación de la memoria

Carlos José Márquez:

Cómo se ha escrito la guerra civil española
(Ediciones Lengua de Trapo, Madrid 2006). 335 páginas.

El joven historiador madrileño Carlos José Márquez nos propone un ensayo de crítica bibliográfica, como él mismo lo denomina, que denuncia sin paliativos las diversas interpretaciones interesadas que se han dado sobre el conflicto español, buscando legitimar posicionamientos ideológicos y convirtiendo la historiografía en otro campo de confrontación política.

Estructurado en cuatro capítulos, Márquez dedica el primero de ellos a cuestiones conceptuales y es ahí donde, tras analizar diversos enfrentamientos civiles y procesos revolucionarios en las edades Moderna y Contemporánea, entra en juego con fuerza la interpretación del autor -de tanta valía como sus críticas a las diversas corrientes historiográficas que se dan en los restantes capítulos-, considerando indisociable el conflicto civil al hecho revolucionario. Porque un lugar común de los historiadores partidistas, tanto de la

izquierda como los que se califican en el libro de neofranquistas o parafranquistas, es el de negar el proceso revolucionario de carácter libertario abierto en España a partir del alzamiento militar del 18 de julio.

Una de las principales objeciones que el autor hace a la llamada izquierda partidista es la de no haber sido capaz de construir un análisis propio, siendo simplemente una refutación de las posturas derechistas que, a su vez y con el hilo conductor establecido por los autores neofranquistas o parafranquistas -Márquez se niega a calificar a tales historiadores de revisionistas ya que no aportan ninguna novedad al discurso legitimador franquista-, encuentran justificación al oponerse a la dominación que la historiografía de la izquierda partidista habría llevada a cabo a partir de la Transición.

Existe una reivindicación del autor del Movimiento por la Recuperación de la Memoria Histórica, aun aceptando la presencia en el mismo de ciertos intereses políticos, como muestra de la ruptura de ese consenso establecido durante la Transición, y que puede sentar las bases para una nueva interpretación del conflicto. El MRMH resulta esencial para la reconstrucción de la violencia de las derechas durante la República y la Guerra Civil -y su extensión en la dictadura franquista- y permita al mismo tiempo a la historiografía replantear el análisis de los orígenes de la contrarrevolución española durante aquellos años. Para Márquez, como señala en el segundo capítulo dedicado a la historiografía franquista, la cultura política de la derecha y del posterior régimen franquista tiene su herencia en el Antiguo Régimen, con el hilo conductor que supuso el moderantismo en la década de 1830; dicho fenómeno abogaba por la unión del Estado español y la religión católica, por un modelo que aunara lo liberal y lo católico, superando sus contradicciones, y por un régimen monárquico -sin renunciar a la dictadura- y contrarrevolucionario.

Un autor al que sí se le otorga el calificativo de “revisionista” en un sentido estricto es a Michael Seidman, autor que en los últimos años ha aportado un punto de vista auténticamente original pero en el que Márquez quiere ver algunos errores como el considerar la existencia de una “historiografía anarquista”. Las diversas tendencias analizadas en el libro tendrían una continuidad en su insistencia en que ha sido esa supuesta “historiografía anarquista” la que ha alimentado el mito de un nuevo sistema social y político creado a partir de la revolución de julio de 1936; difícil resulta encontrar un lugar

historiográfico común a autores que interpretan la guerra civil española en clave revolucionaria, pero han proliferado las calificaciones de “tendenciosos” o “victimistas” a autores como George Orwell, Frank Borkenau, Gaston Leval, Augustin Souchy, Mary Low, Emma Goldman...

El autor resulta serio y diáfano en su discurso, muy bien documentado, valiente tanto al analizar a partidismos de izquierda o derecha, como al señalar supuestas eminencias en la materia que actúan de manera aparentemente oportunista y comercial. Por todo ello, es muy recomendable la lectura del libro para todo público, profano o no en la cuestión, que quiera hacerse una aproximada idea de cómo las diversas culturas políticas tratan de utilizar la historiografía para conformar su identidad.

José María Fernández Paniagua